

dio Buendía, podría encontrarse el cuarto de la realidad y detener el vértigo de la decepción infinita. Sugiere, en segundo lugar, cuál es el procedimiento mediante el que esta detención podría llevarse a cabo: como en el caso de Úrsula, ir «hacia atrás», recorrer el «camino inverso» al que se ha recorrido en el primer sueño. Y nos advierte, finalmente, que en ese ir hacia atrás habría que tener cuidado de retroceder todo lo que es necesario para llegar a encontrar el cuarto real y no confundirlo con el cuarto intermedio —en el que se encuentra Prudencio Aguilar y en el que no debe de encontrarse el cabo *original* del hilo de sangre. A juzgar, pues, por este fragmento metaficcional, el viaje que es necesario emprender para encontrar la realidad y darle cierta finitud al juego infinito de los espejos de *Cien años de soledad* es un largo viaje hacia el pasado, sembrado de trampas que dificultan nuestro acceso a la meta, pero no un viaje condenado de antemano a la decepción.

II. El pasado de la estirpe

Fascinados por el futuro de la estirpe, hacia el que nos orienta la lectura que los Buendía hacen de los manuscritos de Melquíades, los lectores de *Cien años de soledad* descuidamos por lo general su pasado, un pasado al que se hacen en verdad escasas referencias y que aparece como envuelto en brumas, pero en el que, según se ha visto, debe de residir el enigma aún no resuelto en Macondo. Debemos detenernos, por tanto, en esas escasas ocasiones en que en la novela se hace referencia al pasado de la estirpe, sobre todo en el comienzo del capítulo segundo, donde se muestran de una manera organizada los antecedentes históricos de los Buendía. Puesto que se trata de uno de los episodios de la novela más plagados de esos hechos que Vargas Llosa llama imaginarios y aun fantásticos¹⁰, no es de extrañar que la crítica lo haya pasado por alto o lo haya comentado exclusivamente en su calidad de ejemplo de la capacidad de invención de García Márquez.

Sin embargo, aquí están contenidos los primeros signos de extrañeza de la estirpe. De la bisabuela de Úrsula Iguarán se dice que tenía «algo extraño (...) en el modo de andar». A causa de unas «quemaduras» que la dejaron convertida en «una esposa inútil para toda la vida», había renunciado «a toda clase de hábitos sociales», entre ellos el de «caminar en público». Vivía «obsesionada por la idea de que su cuerpo despedía un olor a chamusquina» y tenía pesadillas en las que «la sometían a vergonzosos tormentos con hierros al rojo vivo». El origen de sus terrores y obsesiones se data a finales del siglo XVI, cuando el pirata Francis Drake asalta Riohacha y ella «se asusta tanto» que «se sentó en un fogón encendido». Tan extraña

¹⁰ En su ya citado libro *Vargas Llosa diferencia cuatro modos de lo imaginario en Cien años de soledad: lo mágico, lo mítico-legendario, lo milagroso y lo fantástico*. Y llama «fantástico» al hecho imaginario «puro», que nace de la estricta invención y que «osamenta como su rasgo más acusado una soberana gratuitad» (op. cit., pág. 529). Como ejemplo de hecho fantástico cita Vargas Llosa, precisamente, el nacimiento de hijos con cola de cerdo (pág. 537).

mujer es, simplemente, la esposa de «un comerciante aragonés», al que hay que suponer recién llegado al Nuevo Mundo, y que, buscando «la manera de aliviar sus terrores», liquida su negocio y se lleva a su familia a vivir a «una ranchería de indios pacíficos» (pág. 102).

Allí, en la «escondida ranchería», vivía de tiempo atrás «un criollo cultivador de tabaco, don José Arcadio Buendía». Durante trescientos años las dos familias —la del aragonés y la del criollo, cuyo apellido permite suponerle hispano-portugués— seguirán viviendo en la «antigua ranchería que (...) transformaron con su trabajo y sus buenas costumbres en uno de los mejores pueblos de la provincia». Durante estos trescientos años, además, las dos familias se casarán exclusivamente entre sí, convirtiéndose en «dos razas secularmente entrecruzadas». Esta costumbre llega hasta el momento en que comienza la acción de *Cien años de soledad*, pues Úrsula y José Arcadio, los fundadores de Macondo, se casarán por la misma razón que todos sus antepasados lo han hecho desde que llegaron a la ranchería: «porque en verdad estaban ligados hasta la muerte por un vínculo más sólido que el amor: un común remordimiento de conciencia. Eran primos entre sí». Sin embargo, algo ha cambiado en estas fechas, que pueden suponerse de mediados del siglo XIX, puesto que la familia trata de disuadirles de que se casen, temerosos de que «pasaran por la vergüenza de engendrar iguanas». Existe un precedente tremendo en la historia de la familia: un pariente había nacido con una «cola de cerdo que no se dejó ver nunca de ninguna mujer y que le costó la vida cuando un carnicero amigo le hizo el favor de cortársela con una hachuela de destazar». José Arcadio y Úrsula desobedecerán a su familia y correrán el riesgo de engendrar hijos con cola de cerdo. Con la ligereza de sus diecinueve años, José Arcadio asegura que no le importa «tener cochinitos», pero Úrsula vive *aterrorizada* por los «pronósticos siniestros sobre su descendencia» hasta que, a raíz de la muerte de Prudencio Aguilar, que se permite una broma sobre la fertilidad de los Buendía, el matrimonio se decide a acabar con ese «malestar en la conciencia» que los vincula, emprendiendo el viaje que los llevará a fundar Macondo, donde procurarán, por encima de cualquier otra cosa, que sus hijos no se casen entre sí, rompiendo así con el hábito secular de sus antepasados (págs. 103-4).

Dos terrores parecen caracterizar a las extrañas mujeres de la estirpe: el terror a las quemaduras, que se vinculan a los tormentos con hierros al rojo vivo, y el terror al futuro de su descendencia, relacionado con esa extraña cola de cerdo que le costó la vida a un antepasado. En relación con el primero, hay que subrayar que el miedo a las quemaduras de la bisabuela de Úrsula y los extraños hábitos que se derivan de él —como no andar en público o renunciar a la vida social— se originan cuando Fran-

cis Drake asalta Riohacha, es decir, por las mismas fechas, finales del siglo XVI, en que se están instalando en América los primeros Tribunales del Santo Oficio: el de Lima en 1590 y los de México y *Cartagena de Indias* en 1610. También a finales del siglo XVI, en 1596, tuvo lugar el primer auto de fe importante en América, el de Nueva España:

El auto de 1596 señaló el momento de mayor intensidad de la persecución de los judíos a finales del siglo XVI. Todos los autos públicos tenían el propósito de infundir miedo a los asistentes, y éste fue el mayor y más grandioso auto celebrado en el Nuevo Mundo hasta aquel momento¹¹.

No parece extraño, pues, que, coincidiendo con las expediciones de Francis Drake, que tuvieron lugar entre 1585 y 1596 precisamente, la bisabuela de Úrsula experimente terrores relacionados con quemaduras. Como confirmando sus temores, el Judío Errante que pasa por el pueblo siglos después será incinerado «en una hoguera» (pág. 473). Si la pacífica esposa de un comerciante aragonés vive aterrorizada por las quemaduras y los tormentos a fines del siglo XVI en el Nuevo Mundo, y si a lo largo de *Cien años de soledad* el único personaje de quien se dice que sufre quemaduras y tormentos en Macondo es el Judío Errante que pasa por el pueblo a la muerte de Úrsula¹², no parece descabellado empezar a suponer que existe una relación entre el enigma de la sangre de los Buendía y el sacrificio del Judío Errante. Para alcanzar a entreverlo, hemos tenido que retroceder en el tiempo no hasta el momento que pasa por ser el principio de *Cien años de soledad* —la fundación de Macondo a raíz de la muerte de Prudencio Aguilar— y que es, en realidad, como nos advertía el anciano José Arcadio Buendía, un cuarto intermedio; sino mucho más atrás, saltando, como Úrsula, «por encima de trescientos años de casualidades» para, como ella también, maldecir «la hora en que Francis Drake asaltó a Riohacha» (pág. 103)¹³.

III. Un monstruo en el Laberinto

El segundo de los terrores de Úrsula, que le ha sido transmitido por su madre, es el de engendrar hijos con cola de cerdo. Si al final del Laberinto del artista ateniense se encontraba un híbrido de hombre y toro, en el de García Márquez encontramos al principio y al final —en la imagen de la circularidad infinita que privilegia la lectura habitual de *Cien años de soledad*— un híbrido de hombre y cerdo. El principio vuelve a situarse en un estadio anterior al representado por los fundadores, pues el primo que nació «con una cola cartilaginosa en forma de tirabuzón y con una escobilla de pelos en la punta» (pág. 104) es un «precedente» familiar (pág.

¹¹ Véase Seymour B. Liebman, Réquiem por los olvidados. Los judíos españoles en América 1493-1825, Madrid, Altalena, 1984, pág. 43. Existe abundante bibliografía sobre la historia de los judeoconversos en el Nuevo Mundo, que es una secuela de los acontecimientos en la Península Ibérica sobre todo a partir de 1492. Recientemente, la novela de Marcos Aguinis, La gesta del marrano, Barcelona, Planeta, 1992, ha narrado la saga de la familia Maldonado da Silva y sus vicisitudes en América —que guardan enorme parecido con las vividas por los Buendía— basándose en hechos históricos rigurosamente documentados.

¹² No debe olvidarse que el orden en que están escritos los acontecimientos en *Cien años de soledad*, y tal como Aureliano Babilonia descubre en los manuscritos de Melquíades, no obedece al «tiempo convencional de los hombres» (pág. 557).

¹³ En el acto de desciframiento de los manuscritos de Melquíades también Aureliano Babilonia logrará, mediante «un salto», descubrir que «Francis Drake había asaltado Riohacha solamente para que ellos pudieran buscarse por los laberintos más intrincados de la sangre» (pág. 558).

¹⁴ «Todos los judíos practicaban la endogamia, o matrimonio dentro del mismo grupo. En los días de la Inquisición, la endogamia era un sine qua non para los judíos secretos de España, Portugal y sus colonias» (Liebman, op. cit., pág. 11). Y más adelante: «Una particularidad que se observa en las parejas casadas en el Nuevo Mundo fue el número de matrimonio sin hijos. (...) La vida durante generaciones en pequeños enclaves de conterráneos tuvo como consecuencia que la mayor parte de los miembros de tales comunidades fuesen parientes. Se piensa que la endogamia repetida durante un periodo de dos o tres generaciones produce infertilidad o marcadas taras» (Liebman, op. cit., pág. 168).

¹⁵ «Se ha sugerido la teoría de que muchas parejas trataran deliberadamente de no tener hijos porque estaban viviendo bajo la sombra de la Inquisición» (Liebman, op. cit., pág. 168).

¹⁶ Mario Vargas Llosa, op. cit., pág. 498. Coincido con José M.^a Pozuelo en que no hay en Cien años de soledad «una estratificación de mundos diferentes que se entiendan los unos como reales y los otros como simbólicos o simplemente metafóricos» (Poética de la ficción, Madrid, Síntesis, 1993, pág. 167).

¹⁷ «Hasta la dueña, que no solía intervenir en las conversaciones, discutió con una rabiosa pasión de comadrona que el coronel Aureliano Buendía, de quien en efecto había oído hablar alguna vez, era un personaje in-

103) y sólo va a encontrar un reflejo especular en el hijo de Amaranta Úrsula y Aureliano Babilonia que, al final de la novela, será devorado por las hormigas coloradas (pág. 553). Si este monstruo híbrido es nuestro Minotauro, el hilo de sangre que acabamos de descubrir tendría que conducirnos hacia él. Pero ¿qué relación puede existir entre una familia judía y una cola de cerdo?

Es, claro está, una broma del autor. El hijo con cola de cerdo representa, en imagen perversa aunque sintéticamente lograda, todos los miedos que una familia de judeoconvertos ocultos en un rincón del Nuevo Mundo podía albergar acerca del futuro de su descendencia. En primer lugar, el miedo a las taras producidas por la consanguinidad. Después de trescientos años casándose entre sí¹⁴, la cola de cerdo podría simbolizar simplemente una tara, aunque desde luego sabiamente elegida por un García Márquez que ha condensado en esa imagen no sólo el miedo a los efectos de la consanguinidad, sino la especificidad judía de ese miedo. No en balde una de las características que se han atribuido tradicionalmente a los judíos era la de tener un muñón de rabo al final de las vértebras, como los demonios. El hecho de que el rabo sea de cerdo —el animal tabú del judaísmo— y de que, por esta razón, José Arcadio se refiera a su hipotética descendencia con el término de «cochinitos», sugiere además que el terror de Úrsula está también relacionado con la posibilidad de engendrar hijos que sean reconocidos como *marranos*, es decir, como judíos conversos y que, por ello, se enfrenten al trágico final de ese antepasado al que el descubrimiento de su cola de cerdo —su secreto— le llegó a costar la vida¹⁵.

Desde esta perspectiva, la resistencia de Úrsula, durante «varios meses», a consumir su matrimonio; los rumores de los vecinos que intuyen que «algo irregular estaba ocurriendo»; la forma violenta y trágica en que José Arcadio reacciona a las bromas de Prudencio Aguilar sobre su impotencia; la final determinación de José Arcadio a «parir iguanas» y la gravedad con que Úrsula le responde «Tú serás responsable de lo que pase» (págs. 104-5) no pueden leerse ya como pura invención de García Márquez. En el contexto de lo que fue la vida de los judíos secretos de América todos estos hechos y personajes, incluido el hijo con cola de cerdo, tienen el mismo estatus de realidad que los hechos y personajes agrupados por Vargas Llosa bajo la rúbrica de «lo real objetivo», es decir, que todo aquello que remite a la historia social de América¹⁶. Si la memoria es tan débil que al final de la novela, pocos años después de su muerte, muchos dudan de que el coronel Aureliano Buendía hubiera existido alguna vez¹⁷, no tiene nada de particular que los miedos de una estirpe olvidada sean considerados, bastantes siglos después de haber sido padecidos, hechos puramente imaginarios.